

El pacto desestabilizado

Michel Husson, *Rouge* n° 2042, 4 de diciembre de 2003.

traducción de Rossana Cortez

El entierro del Pacto de estabilidad abre una crisis muy grave en el proyecto burgués de construcción europea.

Francia y Alemania se han encontrado frente a la incapacidad económica y política, de respetar la regla según la cual el déficit presupuestario no debía superar en ningún caso el 3% del PIB. Y sobre todo, estos dos países han obtenido de la mayoría de los demás gobiernos que no se pronunciaron a este respecto ninguna de las sanciones previstas explícitamente en el Pacto. Esta decisión provocó sin dudas la furia de la Comisión, cuya legitimidad y autonomía derivan en gran parte de su función de guardiana del Pacto de estabilidad.

El Pacto era entonces "estúpido", repitiendo el adjetivo que le dio el Presidente de la Comisión, Romano Prodi. Pero el problema es que, desde un punto de vista, era indispensable. Cuando se hace una moneda común, en efecto, uno está en una nueva situación: ya no hay política monetaria o de cambio posible ya que cada moneda nacional se ha fundido con el euro. La política presupuestaria está liberada de una obligación, ya que la deuda pública es extendida en euros y ya no en moneda nacional. Esto hace posible los denominados "comportamientos de pasajeros clandestinos" en donde el estado se endeuda sin soportar todas las repercusiones de ello, sobre todo en materia de tasas de interés. Estas son, de alguna manera, mutualizadas mientras que, por definición, la tasa de cambio de la moneda no está amenazada. Esta era la función técnica del Pacto, la de reemplazar la obligación desaparecida con el fin de impedir semejantes derivas presupuestarias.

La crisis va aún más lejos que estos aspectos técnicos y conduce al cuestionamiento de modalidades esenciales del proceso de construcción europea. Se puede decir que los inconvenientes del euro triunfan sobre sus ventajas. Por cierto, siempre existe un profundo acuerdo entre las burguesías europeas sobre la orientación neoliberal, sobre todo la necesidad de disciplinar los salarios, y de ampliar el campo de la mercancía al privatizar los servicios públicos y la protección social. Por eso los déficits presupuestarios en Francia y en Alemania no resultan de una voluntad de aplicar una política de reactivación llamada keynesiana. Son el producto mecánico de la unión entre una mala coyuntura y una política dogmática de baja de impuestos para los ricos. En término, con o sin Pacto, el proyecto es regresar al equilibrio al reducir los gastos sociales, como lo muestra el programa de "reformas" bautizado Agenda 2010 en Alemania, o el congelamiento de los sueldos de los funcionarios en Francia. Se está muy lejos de una verdadera alternativa, que pasaría por el aumento de los impuestos que pesan sobre los ingresos de capital.

La base económica de esta crisis es la diferente sensibilidad de cada economía nacional a la baja coyuntura. Durante la reactivación 1996 – 2001, todos los países de la Unión Europea más o menos se han desentendido del asunto sin perder dinero. Pero el cambio de coyuntura, por el contrario, tiene como efecto introducir una diferenciación bastante neta entre los países, sobre todo en relación con la baja del dólar. Esto podría llamarse "la maldición del euro" o "la revancha del Club Mediterráneo", porque los países que han entrado en el euro con una tasa de cambio demasiado fuerte, como Alemania y Francia, son los que sufren más la recesión. Países como España o Italia ("el Club Med") por el contrario resisten mucho mejor gracias a una tasa de cambio inicial más favorable; en cuanto al Reino Unido, de alguna manera está desconectado de la coyuntura europea promedio. En resumen, todo ocurre como si la palanca dólar/ euro introdujera una brecha entre dos polos de la Unión Europea. En tales circunstancias, los intereses específicos de cada estado, con sus particulares relaciones de clases, tienden a triunfar sobre los intereses colectivos, cuya gestión está delegada a la Comisión.

Esta crisis es tanto más aguda cuanto que las contradicciones no son estrictamente económicas: ya sea con respecto a la intervención en Irak o a la arquitectura institucional, la pareja franco – alemana tiende a oponerse al resto de la Unión. Los globos sonda sobre una "Unión" entre los dos países van en este sentido y se unen a los proyectos más antiguos de una Europa a dos velocidades, con un núcleo duro y una periferia de países asociados. Esta diferencia no remite a un modelo social diferente: los gobiernos franceses y alemanes, por el contrario, llevan adelante una política de contra reforma más radical que apunta a un alineamiento acelerado (pero nunca bastante rápido, desde su punto de vista) sobre un modelo neoliberal estándar. Más bien se trata de un repliegue sobre los intereses nacionales, que hará difícil la puesta a punto del proyecto de Constitución en el seno de la Conferencia Intergubernamental. Aún cuando también existe la tentación de pasarse en fuerza para evitar el estallido de una crisis abierta, la cohesión de la burguesía europea hoy está ampliamente mermada.